

Enrique Espinoza

Un gaucho danés

«De tous mes livres il en est peu qui me soient indispensables, mais il y en a deux qui sont presque toujours parmi les choses où je me trouve justement. Ici aussi ils sont autour de moi: la Bible et les livres du grand poete danois Jens Peter Jacobsen.

...Si je dois dire de qui j'ai appris quelque chose sur l'essence de la création, sur sa profondeur et son éternité, je ne puis nommer que deux noms: celui de Jacobsen, le grand, le tres grand poete, et celui d'Auguste Rodin, le sculpteur, qui n'a pas son égal parmi tous les artistes qui vivent aujourd'hui». RAINER MARÍA RILKE.



LN uno de los llamativos volúmenes rojos de *Les Mille Nouvelles Nouvelles* por los cuales tantos sudamericanos conocieron hace un cuarto de siglo, en francés, los mejores cuentos de la literatura contemporánea, había leído yo alrededor del año 1920, un admirable relato amoroso de Jens Peter Jacobsen titulado, sencillamente, «Madame Fonss».

El repetido elogio que del genial escritor danés hace en sus cartas el más grande poeta de nuestro tiempo, Rainer María Rilke, me desobliga de señalar la importancia de Jacobsen en la literatura narrativa del siglo pasado. Sobre todo, después de la publicación—no por tardía menos interesante—de algunas de sus obras en español.

Cuanto a su cuento, «Madame Fonss», una verdadera novela en potencia, no creo posible una síntesis más profunda de dos vidas en menos páginas.

Así que me limitaré a recomendar su lectura indirecta en cualquier idioma; y, si el lector sabe el danés—cosa bien extraordinaria, por cierto—en el mismo original, hasta que se produzca una buena versión en nuestra lengua.

El cuento, como se verá, lo merece doblemente. No sólo por su perdurable valor artístico, sino también y muy especialmente, por su honda significación americana.

Yo lo tenía casi olvidado, por lo menos en este detalle último, cuando a principios de este año, encontré el volumen de *Les Mille Nouvelles Nouvelles* que lo incluye, en una pequeña librería de Buenos Aires.

Ni que decir que me lo llevé en seguida con cuantos había de la famosa colección: unos catorce o quince en total. Y, sin abrirlos siquiera, por el primer correo de Chile, se los mandé recomendados a mi mujer, que

no había nacido todavía, cuando estos cuadernos se publicaban en París.

Después no volví a acordarme de ellos ni de «Madame Fonss» hasta que de vuelta de un rápido viaje por Europa, en el que estuvimos a punto de llegar al país de Jacobsen, encontré en nuestra casa de Santiago, la inolvidable historia.

Como sucede siempre que una obra de arte florece en nuestro espíritu, la relectura de «Madame Fonss» me trajo el perfume casi desvanecido de otra época y con él la huella del «gaucho danés» que había perdido hacía tantos años.

Naturalmente, el drama de Mme. Fonss, la hermosa viuda, que en viaje con sus hijos Ellinor y Tage, reencuentra de pronto el amor de su primera juventud, (el mismo amor de que languidece aquélla y aquél se exalta), volvió a ganarme por entero el corazón.

Las circunstancias coincidentes elegidas por el cuentista para destacar a contra luz la decisión de su heroína frente al terrible dilema de su vida, me conmovieron tanto como la exquisita carta de adiós a los hijos que Jacobsen le atribuye, desde España, algunos años más tarde, en la hora de la muerte.

No sé por qué esta epístola ha traído a mi recuerdo otra menos amarga, aunque igualmente punzante, de Horacio Quiroga, al final de su cuento «Silvina y Montt».

Quizá se deba, antes que a las mismas cartas, entre las que no existe por lo demás otra relación que la

anotada, a cierto parecido íntimo de ambos protagonistas varoniles. Porque, como dije, esta vez fué el amigo de Mme. Fonss, ausente hasta el título del cuento, quien llamó más poderosamente mi atención en la relectura del mismo.

Jacobsen lo pinta como un hombre grande y barbado, de rostro curtido por el sol, que envuelto en una amplia manta de viaje, (un poncho seguramente en el original), cruza Aviñón a caballo, sugiriendo al hijo de Mme. Fonss la imagen de un gaucho

Resulta, en efecto, un caballero danés que durante veintiún años anduvo recorriendo las fértiles llanuras del Plata y que al fin, tras de vender sus tierras y ganados, ha vuelto al Viejo Mundo, donde a ratos, más que el lejano país echa de menos sus ocupaciones cotidianas.

El joven Tage no se ha equivocado. Se trata de un gaucho, aunque no inglés, según le parece a primera vista, sino danés, como él mismo.

Veinte años de contacto con la pampa han transformado a Thorbrogger en un hombre de a caballo, en un Mazepa, según la alusión literaria que Jacobsen pone, no sin un dejo de ironía, en boca del comerciante Kastager. Sólo para el corazón de Mme. Fonss, que lo amó en su juventud, continúa siendo el mismo hombre de sus primeros sueños y esperanzas de felicidad. Por eso, contra la voluntad de sus propios hijos, termina por acompañarlo al país del Cid.

Pero Jacobsen, es justo decirlo, no nos traza con

tal motivo una figura legendaria ni un héroe romántico. Un hombre, nada más; pero tan real que al fin llega a ser un símbolo. Y es que el autor de «Mogens» y «Nyls Lynhe» era demasiado poeta para conformarse con menos.

Ahora bien, que este símbolo corresponda, precisamente, a nuestro arquetipo rural, el peón moderno del cuento de Quiroga, que tampoco es sólo eso, compromete de veras nuestra gratitud.

Con su gaucho danés, Jacobsen proyecta una sombra de gloria sobre el héroe más representativo y popular del Plata. Apenas lo menciona dos o tres veces en todo el cuento; pero lo defiende inteligentemente de lo pintoresco o exótico.

Un rasgo bastará para comprobarlo.

En un momento decisivo del relato, Mme. Fonss le pasa a su amigo una revista en la que aparecen algunas ilustraciones gauchescas. El hombre está a punto de hacer un chiste sobre la ingenua idea que revela el dibujante del arte de arrojar el lazo...

—Le hubiera sido tan fácil hablar de todo aquello —comenta Jacobsen.

Por este atisbo, cuya verdad ha encontrado de seguro en el famoso «Viaje» de Darwin, su maestro bien querido, puesto que «La Tierra Purpúrea» es posterior a «Madame Fonss», me es particularmente grato recordar aquí a Jens Peter Jacobsen en el cincuentenario de su muerte y a un siglo justo de la llegada del «Beagle» a nuestras costas.